

Lealtad y cubanía

Texto y foto ORLANDO NARANJO ESCALONA

Belleza física y espiritual, gran sensibilidad humana y mucha valentía, son algunos de los rasgos que identifican a la magistrada masoense Xiomara Ramírez Jiménez.

Al primer contacto con esta mujer, criada en los más altos valores de cubanía y lealtad, podemos apreciar cuánto de sencillez y firmeza, a la vez de serenidad, logran forjar el carácter de las féminas de este territorio.

Ramírez Jiménez ama la justeza y la paz, por eso desde pequeña siempre soñó con impartir justicia, anhelo que cumplió, en septiembre de 1986, cuando, recién graduada como licenciada en Derecho, comenzó su bregar por el mundo de leyes, juicios y sentencias.

Apenas seis meses más tarde a su inserción laboral en el Tribunal Popular Municipal de Bartolomé Masó, empezó a desempeñarse como su presidenta, responsabilidad que mantuvo por casi 30 años.

"La actividad del Tribunal es muy rica; además, desde que yo me gradué era lo que quería ejer-



cer y tuve la dicha de que se me concedió muy pronto. Las anécdotas son muchas, pero recuerdo mayormente las de los juicios fuera de sede, conocidos como ejemplarizantes, en los que recorrimos gran parte del municipio y aprendimos mucho".

Cada día, al llegar la noche, al poner su cabeza en la almohada,

Ramírez Jiménez siente que ha cumplido con el deber y, sobre todo, que lo ha hecho bien.

"Los jueces impartimos justicia con apego a la Ley y siempre lo hemos hecho en nombre del pueblo de Cuba, y lo hacemos con tranquilidad, transparencia y espíritu de Revolución.

"Impartir justicia no es una tarea fácil, mas, cuando se realiza en las tres materias procesales, penal, civil y laboral, en las cuales me he tenido que mover indistintamente, logrando dejar mi impronta y precisión jurídica.

"El tema de las familias ocupa ahora mayormente mi tiempo, este es un ámbito muy dinámico, en el cual, por fortuna, ya contamos con las herramientas que ofrece el nuevo Código de las Familias".

El universo de leyes, juicios y sentencias, que por más de 35 años ha ocupado la vida de esta fémina, ha sido su modo de trascender, de ganar respeto y confianza y, por supuesto, de mostrar los valores de lealtad y cubanía.



Responsabilidad y ética para la dignidad humana

Es preciso que el deber esté siempre ligado a la ética, la mesura y la empatía. Quien disfruta fabricando obstáculos, escudándose en él, daña y no merece permanecer en la responsabilidad que detenta.

La obligación moral de actuar de una manera alineada con valores y principios, con respeto a la dignidad y a los derechos ajenos, abiertos -realmente- al diálogo, eso es deber.

Ante quienes se comportan como esclavistas, amos, déspotas... hay que oponerse. Y no hablo de los que dirigen; basta con tener una responsabilidad "de fila", desde la que se decida el destino -aunque sea mínimo- de otros, para mutar hacia la barbarie, si no hay valores.

El primero de los deberes es apegarse a la justicia y al respeto; sin embargo, en este, un mundo, acelerado, de carencias, intenta abrirse paso el revanchista, el arrogante, el prepotente, el que mira a sus clientes por encima del hombro y hasta sonríe cuando logra obstaculizarle una gestión.

Peor, cuando el comportamiento extremista de ciertas personas fuera de lugar se convierte en norma de la institución, en detrimento de los clientes, su razón de ser.

En el ámbito educativo, un docente que favorece a ciertos estudiantes, por su cercanía personal, por simpatía, comete una arbitrariedad. Otorgar oportunidades de manera favoritista es injusto, crea un entorno tóxico y afecta el futuro de los alumnos.

Asimismo, un funcionario que ignora solicitudes legítimas de ciudadanos, que no da curso real a sus denuncias, por la razón que sea, también actúa de forma arbitraria, daña la confianza social y la credibilidad hacia las instituciones.

Imagine -y es solo un ejemplo- que un empleado de un banco cualquiera, en cualquier lugar del mundo, decida rechazar los cheques de cierta entidad, con el pretexto de que las firmas no son exactamente iguales a la que archivan.

El trabajador de una institución bancaria debe saber requisitos internacionalmente establecidos, que la verificación de firmas es un proceso, el cual incluye la comparación de la rúbrica estampada en cada cheque con la que guardan, pero que jamás -¡jamás!- podrá exigir que sean iguales.

"El mismo cuño, estampado, incluso, dos veces seguidas, no se verá igual", escuché decir a un funcionario.

Los oficiales verdaderamente entrenados suelen examinar características como la fluidez de la firma, el tamaño, la inclinación, la presión ejercida por el bolígrafo...

Manuales, reglamentos..., allende los mares, concuerdan con que no se requiere de una coincidencia absoluta en todos los rasgos de la firma; se trata de un proceso de evaluación más cualitativa que cuantitativa.

La firma, por supuesto, debe ser lo suficientemente similar, no más. Las variaciones pueden ocurrir debido a factores diversos, como el tiempo transcurrido desde la firma anterior, el estado emocional del firmante, el estrés, el contexto (como haberle rechazado otros cheques), la postura al firmar, si lo hizo sentado o de pie...

Recordemos que peritos calígrafos pueden determinar si dos documentos absolutamente distintos fueron escritos por la misma persona.

Pero el empeñado en demostrar que le puede hacer la vida difícil a quien lleva el cheque, no debe olvidar que con su malévolo capricho puede estar impidiendo que un grupo de trabajadores cobre su salario y creando penurias en numerosas familias.

Y si la negativa a aceptar el cheque se produce, incluso, después de ver firmar a la persona, ¿qué más decir?

La arbitrariedad en cualquier contexto no solo es injusta, sino que deshumaniza, perjudica el tejido social, debilitando las bases de la ética y los valores fundamentales que deben regir nuestras interacciones cotidianas.

Es cierto que quien no sea capaz de controlar los recursos que están bajo su custodia, no debe permanecer ni un minuto en su cargo; el extremista, que con sus manifestaciones de arrogancia, prepotencia, extremismo y abuso, daña a otros, tampoco.

Alexei Olivera, "ganadero de pura cepa"

Por DENIA FLEITAS ROSALES
Foto CORTESÍA DEL ENTREVISTADO

"La vida mía es la ganadería. Se me quita el sueño, si me paso dos días sin ir, porque me enfermo o algo, y más que por la enfermedad, son dos malanoches por la añoranza".

A 50 años de vida y de vínculo permanente con ese ejercicio montuno, la pasión del manzanillero Alexei Olivera Ramírez brota entre sus palabras. "Es una obra de amor, porque llega un tiempo que esos animales te conocen, te comprenden y uno a ellos, les sientes como parte de casa".

Es Olivera Ramírez lo que llamamos "un ganadero de pura cepa, descendiente incluso de ganaderos, por lo que lo llevo en la sangre; es tradición y herencia".

Su consagración y voluntad de trabajo convirtieron en una masa hoy superior a las 300 cabezas de ganado aquellas primeras vaquitas que le regaló su abuelo José Manuel Ramírez Cuba, de cuya sabiduría acumulada en 96 años continúa aprendiendo.

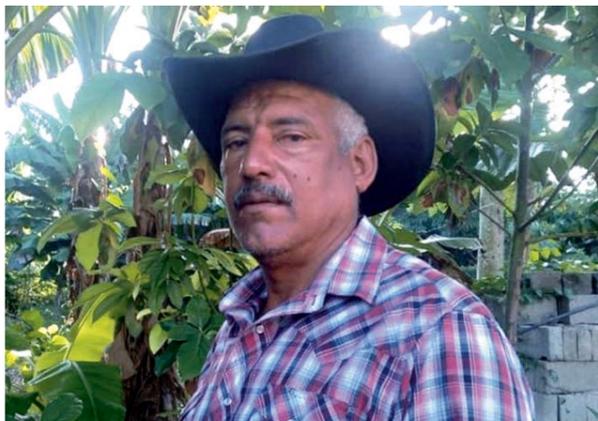
Y para honra de este padre, la eficiencia en la producción por encima de 30 mil litros de leche y de nueve toneladas de carne, hasta octubre, que superan con creces las cifras de entrega pactadas con las industrias Láctea y Cárnica para el año, le afianza como ejemplo entre los agropecuarios del municipio de Manzanillo.

Llegar a estos niveles, en medio de circunstancias complejas, requiere, afirma, "de esfuerzo, y respeto por el obrero, porque sin su apoyo sería imposible sacar 170 litros de leche, diariamente, pastorear y cuidar el ganado para poder comer" en la finca Jutía, ubicada en las cercanías de El Manglar, a 15 kilómetros de la Ciudad del Golfo de Guacanayabo.

"También, supone un manejo responsable del animal, que es agradecido y necesita del rigor y estricto cumplimiento de sus horarios de pasto, de metabolización. Ellos producen leche y carne, pero hay que comprenderlos y cuidarlos".

Tratarlos con afecto, dice, es carta de triunfo. "Yo sé el carácter de cada una desde chiquita, y la rebelde que lo refleja desde temprano la llamo por su nombre, la mimo hasta que cede. Yo les tengo mucho cariño, y me han mandado obreros al hospital. Sin embargo, a mí ni un golpe y con mi voz se están tranquilas".

La hazaña que protagoniza, junto a sus seis obreros, a escasos 200 metros de la costa, es loable. "Si yo gano, ellos ganan. Gana mi familia que es ganade-



ra, mi economía y la del municipio, la de ellos y el pueblo que consume cada alimento".

Los principios son el mérito mayor de Alexei, más que la condición de Vanguardia Nacional por dos años consecutivos. Lo patentiza cuando asegura: "Para mí, son más válidos los planes morales que hago conmigo mismo, que los contraídos firmando un papel.

"La ganadería no tiene sábado ni domingo, se hace bajo ciclón, en carnaval; hay que aprender a hacerlo todo con las vacas, incluso coger una vena, hacerle un parto. Últimamente, hasta ortopédicos somos un tío y yo, porque adoptamos alternativas y cuando se parten una pata las inmovilizamos y no hay que sacrificarlas; de esa forma hemos salvado cuatro".

Su historia cuenta la de un hombre apegado a la montura de un caballo y el lazo en mano, de una voz que clama por terneros y novillas, del sudor que se transforma en cientos de litros por ordeño.

Devolver mil 500 cabezas de ganado que una vez habitaron las 27 caballerías de tierra donde se alimentan sus reses en Manzanillo, una porción de la Unidad empresarial de base integral agropecuaria y 14 de la familia, sigue entre sus metas.

"Lo que queda es trabajar. El ganado está y se reproduce. Lo demás le toca al hombre, así que, todo lo que podamos hacer por este pedacito de tierra, hagámoslo".

La imagen, desde las botas al sombrero, confirma su pedigrí. "Mientras tenga fuerzas voy a seguir en la ganadería, no la abandono jamás".